

LAS FLORES DE LOS MANGLARES

TROCHAS DE VIDA, TROCHAS DE LIBERTAD

(SEIS FRAGMENTOS)

Martha Luz Machado - Caicedo

Estas crónicas de las historias de vida, el caso específico de los hombres y mujeres del los manglares del sur occidente de Colombia testimonia la persistencia y la creatividad para salirle adelante a la vida en un entorno hostil y agreste.

A Tomasa Preciado la conocí en 1993, en ese entonces era una mujer fuerte y valiente que a punta de escarbar las entrañas de la tierra había levantado cinco hijos, sepultado tres críos y seguía sosteniendo a sus descendientes. Pequeña, al lado de su abuela sembró el arroz y unas ganas enormes de saber del mundo. De allá venía, de los parajes de cielos repentinamente cargados de truenos y nubarrones, pueblo de mineros atareados con bateas y almocafres, herramientas de madera y calabazo que dejándose zarandear por el ritmo de la lluvia iban a playar el oro al río por la calle solitaria, angosta y fangosa. Caserío de balcones bordados desde donde se veía pasar a las mujeres regresar cansadas después de trabajar horas y horas hasta que el fondo de la bandeja de madera dejaba al descubierto unos minúsculos granos de oro. De allá llegó, de Ispí, un pequeño caserío a la orilla del río que unos años después se desvanecería entre las palendradas de las retroexcavadoras. De allá partió, pensando que volvería cuando los ríos del oro hubieran vuelto a su cauce, pues como un veneno había visto avanzar las grandes máquinas sobre las llanuras y la esperanza.

Ese febrero de adolescencia y ciclones, de calores intolerables en las mañanas y súbitas borrascas de medio día se le presentó su primer marido en medio del espeso bochorno, de evaporaciones olientes a barro, de espesores de selva en tierra firme y entre las violentas lluvias nocturnas se enfrentó por primera vez al amor. Con ganas de seguirle adelante al destino salió detrás de ese hombre por la tarde. Se fue en su primer embarazo con el lenguaje de la cocina y de los partos, de la geología de la mina y de los tiempos de cosecha; emigró, no volvió. Entonces otro arte se sumó a su sabiduría: dibujar sus cartas de



Mujer conchera en los bosques de Manglar. Tumaco-Manglar Medio, Colombia, 1991 (M.L. Machado-Caicedo)

viaje. Tan vasta iba a ser la empresa que debía empezar desde muy joven y por la ribera derecha, bajar el río y salir selva adentro, seguir por los caños para llegar a Tumaco. Con los planos que su abuela le había dado en una cartografía oral con la más exacta reproducción de la topografía dibujó un largo camino. Entre el recuerdo estaban todos los pueblos y los recodos donde se encontraban sus parientes, ahí también juntaba los perpetuos proyectos intangibles y de imaginarias riquezas que se desleían de pronto en sombras fuertes avanzando sobre «las tierras de buen augurio». Como el tiempo no contaba sino la idea fija de llegar, pensaba que ese paso ayudaría a que sus hijos, nietos y tataranietos tuvieran un mejor destino. Y como si



Rebuscando el bienestar emanado de la tierra. Manglares de la costa pacífica colombiana, 1996 (M.L. Machado-Caicedo)

todo esto fuera poco se inspiró en los recorridos de sus ancestros: el primero de ellos había salido de las minas del Mira en el siglo XVIII, tuvo como continuador a sus hijos que formaron mapas mentales cada vez más amplios y más cercanos al mar. Los descendientes de los mireños marcaron sus huellas en pantanos y las tierras vírgenes. Entonces un mapamundi de particular importancia fue el que a mediados de los años sesenta había armado Tomasa; al cabo de largos meses de viaje sin ningún cálculo erróneo trazó con los datos reunidos de su trayecto su atlas de mares, ríos, colinas y selvas e incluyó esteros y los caseríos con sus manglares.

Atrás quedó la adolescencia cuyos paisajes familiares, al cabo de dos años, ya eran remotos y en medio de la algarabía llegó a los extramuros de Tumaco a un barrio a la orilla de la ensenada, un tugurio excluido del resto del mundo, un pueblo de campesinos, mineros, de concheras, leñateros que se iba mar adentro. Agarró su destino en ese paraje movedido y evanescente, unas veces en el esplendor de la naturaleza y constantemente en la adversidad, otras en medio de la solidaridad de sus parientes y siempre con su ingenio pudo mantenerse a flote. Ahí encontró, entre los manglares, en aquellos bosques que sus primas y tías habían esculcado perpetuamente, la vida en este mundo hasta que una década después hallaría en la penumbra verde del bosque de manglar, arbitrariamente, instalados los colonos blancos, intrusos en sus tierras, cuya propiedad eventual proclamaban para sí— mismos. Menos conchas y veinte años más de faenas diarias hasta que se le rompió la espalda, la carne y quedó exhausta. Treinta años de su vida hundiéndose en el lodo le enseñaron lo difícil que era salir un paso adelante. Cada vez más impaciente no volvió a levantar la cabeza sino para secarse el sudor que escurría en hilos por su nuca. Pero ahí

SUEÑOS VERDES

estaba ella escudriñando con los ojos y con el tacto, rebuscando el bienestar emanado de la tierra, escarbando desde la madrugada, saliendo con la vaciante y regresando con la marea alta con su canasto lleno de conchas pequeños moluscos habitantes del lodo en el manglar. Años y años, todos los días de su vida haciendo el mismo oficio. Sintiendo en el alma cómo a sus manglares les arrancaban de raíz, experimentando en carne propia cómo rompían los hilos gruesos de las redes de subsistencia, mirando cómo lentamente se desvanecía el porvenir que había anudado en una frágil línea de equilibrio entre ríos, montes, playas, mares y manglares hasta que llegó el hambre, la penuria que queda después de una cruzada de exterminio de las redes de los barcos camaroneros, la escasez que trajo la piscina de camarón y la desolación del paisaje monocromático de las industrias de palma, el hambre que deja una lata de atún repartida entre la familia extensa.

Tomasa había adelgazado, sus músculos demasiado tensos se movían ahora a ras de los huesos y su semblante estaba lleno de terror, terror a la proximidad de la muerte, terror que enflaquece los rostros. Un hueco en el estómago y la desnutrición le quedó del gusto diario de una gaseosa, un pan y pedazo de caña y del humo de la cajetilla de pielroja con el cual espantaba por enésima vez las preocupaciones y por tercera vez el paludismo. Entonces regresó con lo inalcanzado y con la languidez del cansancio. Se fue antes de tiempo, tomó el camino de regreso al cosmos, se fue con el último aliento y con un alabado que cantaba ... «*Lo que en el mundo dejé en el otro lo encontré*» canción que decía que la vida estaba en otro lado.

He tomado como ejemplo la vida de Tomasa Preciado porque bien puede ser la biografía de Marlene, Odilia, Carmen Julia, la de Cinesio o José Joaquín, mujeres y hombres de los manglares. También porque es factible ser la historia de la gente que trabaja en la minería o del campesino agricultor del Pacífico colombiano.

* * *

La lengua de akán, la lengua bantú, la lengua kwa, la lengua ewe, aquí en este mundo distante, las voces se llegaron vacías. Entonces, aquí tuvieron que inventar y en medio de la prisa se detuvieron para aprender como en una aventura continua. Empezaron al tiempo con las artes de la mar, ensayaron y ensayaron, se equivocaron, se hundieron hasta que hicieron flotar las canoas como lo habían hecho sus ancestros fantis en la costa de Guinea (Kipre 1985, p. 349). Aprendieron a cruzar estrechos, a recorrer los grandes brazos de los esteros, a cortar camino por medio del manglar para no aventurarse al mar abierto. Afrontaron las corrientes y domaron las olas hasta que se volvieron más expertos y más audaces navegantes. Hicieron remos cortos para las hembras y grandes embarcaciones sólo privilegio para los expertos navegantes (Friedermann Arocha 1986, pp. 332-346; Machado 1991 documental; Machado 1996:61). Tejieron grandes redes para atrapar los peses y urdieron fuertes lazos de parentesco; así nietos y bisnietos, primos segundos y terceros, abuelas, hijas y tataranietas formaron con hilos invisibles los eslabones gruesos que los llevaría al lado de un caldero caliente y aseguraría todas las noches una litera de paja (Friedermann 1993, p. 102). De los rastros de los yorubas pueblo —al sureste de Nigeria— y los mandingas procedente de Senegambia construirían las bateas, cununos, guasas, bombos, marimbas los cuales sonarían por encima de la inquisición, del látigo y el yugo (West 1957, pp. 185-187); entonces ni los arcabuces, ni hierros candentes, ni la Santa Inquisición pudieron opacar el sonido de los tambores.

Sembraron y fueron entonces campesinos, aprendieron de las estaciones de lluvia y cada tres meses verían acercarse la estación del tiempo seco; ahí en medio de la selva, en los colinos, en las fincas, y en los firmes¹ al fondo de los manglares sembrarían coco, plátano, limones y piñas (Von Prahl, Contreras y Cantera 1990, p. 144). Mientras tanto los hombres buscarían los troncos fuertes que sostendrían sus casas; y los muchachos en la selva bajo las hojas de una arrastradera silvestre, harían aparecer el claro para cultivar la huerta. Entre las raíces de los manglares las mujeres encontrarían las conchas; finalmente en esa misma línea tenue entre la tierra y el océano y en medio de una cortina de árboles, hallarían los cimarrones el amparo en un rastro que muere al pie de un árbol² (Machado 1996).



Entonces tejieron redes largas y fuertes lazos de parentesco, Tumaco, 1996 (M.L. Machado-Caicedo)

afrodescendientes en una frágil línea de equilibrio entre ríos, montes, playas y manglares anudaron con una pluralidad de oficios y quehaceres el trayecto de sus vidas (Arocha, 1999). Hoy en el Pacífico vemos las mujeres buscadoras de oro mazamorreamo con sus bateas, largas horas paradas entre el agua doblados sus torsos con las piernas y rodillas rectas, que podrían compararse con algunas de las de las descripciones en las crónicas que quedaron registradas en inventarios de esclavos de las minas (Friedermann 1989b, p. 57; 1993, pp. 81-83). Y es sorprendente darse cuenta de que tal como en la Colonia, hombres y mujeres trabajan de la misma manera sobre los ecosistemas; muy poco han variado las condiciones y formas de laborar en el litoral pacífico, ellos son campesinos, pescadores, buscadores oro y han completado su dieta por siglos con la caza, la agricultura y la recolección de moluscos (Machado 1991; 1996; Arocha 1999, pp. 54, 58).

* * *

Allí el paisaje también cambia con la luna, ella determina el cambio de mareas. Entonces un año con sus lunas llenas y lunas nuevas traerá veinticuatro épocas de «puja» y el nivel del pleamar será cada día mayor; es como si durante la semana de

¹ Firme es una playa consolidada detrás del manglar con vegetación terrestre (Von Prahl, Contreras, Cantera 1990:65).

² West afirma que los manglares fueron el refugio de muchos de los hombres y mujeres que hicieron la rebelión y la quema de las minas del Saija en 1821 (West 1957: 103).

SUEÑOS VERDES

puja entrara más agua de la que sale. Y de la misma manera en cuartos de menguante y en cuartos de creciente sucederán las veinticuatro «quebras» y el mar bajará más de la cuenta. Entonces los pescadores con sus potros pequeños saben que con el mar en puja no se puede salir a «mar abierto» y las recolectoras de concha en las épocas de luna llena cuando la marea sube con fuerza y revuelve el barro de los manglares estarán seguras de que su cosecha será generosa. Las mareas cambian dos veces al día: las aguas suben en un promedio de cuatro metros en períodos de seis horas y media y gastan el mismo tiempo para «vaciar».³ La marea comienza a subir una hora después de que la luna ha pasado sobre la región y como la salida de la luna se atrasa una hora todos los días, el ritmo del agua se une a la continua metamorfosis (Cantera 1993: 20. Arocha 1986: 3. Whitten 1992: 19-20). La marea baja divide el espacio entre tierra y agua. También con las aguas vaciantes emergen los bajos y las barreras que son áreas de poca profundidad cercanas a la costa. Los manglares también cambian por un paisaje que congrega en su superficie de lodo raíces, cangrejos, caracoles y conchas. Si coincide la marea alta y la época de puja, el paraje se oculta tras las aguas y las olas llegan a la playa con su naturaleza indómita, como una avalancha se lanzan sin dejar en claro donde están los bajos. Así el océano importuna a la tierra, remonta por la desembocadura de los ríos llevando sus vestigios hasta puertos ribereños y en una lucha indómita comulgan las aguas saladas y las aguas dulces. Mientras tanto la infinidad de riachuelos y quebradas⁴ se desbordan mordisqueando las riberas del continente y de la costa entonces la tierra emprende su éxodo. Los ríos en sus caudales traen los sedimentos que formarán un cordón de bajos de barro y aguas pardas.

El movimiento y la creciente fuerza de las olas taladra las playas anchas y continuas de arena gris; esculpe la orilla del mar con canales y con esteros. De esta forma los ríos, canales, esteros y el mar traen en su trayecto a los habitantes del bosque: lodo y arena, cortezas, ramas, raíces y las flores en fin, la vida vegetal con sus acompañantes para formar un herbario profundo y confuso. Ahí la vida se deposita y tres universos: aire, tierra y agua se unen para inventar uno de los ecosistemas más ricos del planeta: el manglar. Entonces la línea entre la tierra y el océano se vuelve tenue y los alrededores de Tumaco se adornan con un laberinto de islas y de llanuras cubiertas de manglares; en donde nada se detiene, ni se agota; es el sitio de renovación de especies, encuentro de vida de millones de cuerpos, la imagen siempre cambiante del porvenir (Von Prael, Cantera, Contreras 1990: 15-29; Machado 1995).

* * *

Don Benancio levantó su cuerpo, se sentía sin fuerzas para caminar, quedó erguido como cuando se quitaba el peso de la espalda; era un hombre alto, recio con manos pies muy fuertes, rostro burdo, ojos pequeños y oscuros. Muy despacio, dio suavemente un paso, luego otro y se acercó a la ventana —«va a llover, esta tarde va a llover»— dijo, sin dirigirse a nadie. No hablaba con nosotros; hablaba con sus

³«Está vaciando», dice la gente del litoral cuando el mar después de haber subido hasta su rango máximo, empieza a bajar.

⁴ Como consecuencia de las precipitaciones hay gran cantidad de ríos los cuales llevan en su corriente sedimentos que se depositan frente a las costas (Contrera y Cantera 1993:66).

sueños, con olvidos, hablaba con algunos recuerdos. —«Por aquí, por estas máquinas habían los manglares y eran así, grandísimos. ¡Ave María Santísima! nosotros no podíamos con ellos, teníamos que serrucharlos». Dijo señalando con sus brazos. Observé como una retroexcavadora a cincuenta pasos de



Abuelas, hijas y tataranietas formaron con hilos invisibles los eslabones gruesos que las llevaría al lado de un caldero caliente y aseguraría todas las noches una litera de paja, 1996 (M.L. Machado-Caicedo)

su casa, se robaba el manglar para convertirlo en una camaronera. Desde hacía muchos años se habían acabado los manglares en el barrio Viento Libre. —«Por eso se ha retirado la leña tan lejos»— exclamó otra vez el viejo, —«¿no ve que está todo rozado?... Está todo destruido; ¿no ve que han estado destruyendo el manglar? Hay varios de este aserrio de aquí. Los manglares se los han cargado para sembrar camarones». Pausadamente acostumbrado a recorrer los tres metros entre la ventana y la silla se sentó en su mecedora. La luz invadida por la lluvia que se avecindaba entró por la ventana, formando parte de los muebles y de las caras, Don Benancio permanecía en la sombra de su rincón, no obstante podía ver fracciones de su cuerpo; la camisa azul cielo dejaba al descubierto recuerdos de músculos envueltos por la piel colgante de sus brazos señalados por cicatrices; un cuerpo que susurraba la pericia y el dominio del trabajo de su vida. El hilo de luz descubrió al hombre que conocía el ciclo de las mareas y del corte del mangle; al viejo que predecía los movimientos de las olas y adivinaba cuando iba a llegar el vendaval. Don Benancio sabía que con el mar en puja no debía salir más allá de la ensenada, tenía que vivir en un sitio que tuviera salida al mar. En aquel momento envolviéndose en la compasión de un suspiro exclamó mientras me mostraba su mano —«Vea, ve ...me moché. Me privé con la baja y volví con la llena». Por primera vez se dirigió a mí, la rayita que se dibujó entre sus cejas no era expresión de enfado; estaba recordando. Revivían en él las emociones, se le vino a la cabeza las seis horas que lo dieron por perdido: En ese entonces cogió el hacha y el canalete; como siempre salió de su casa al amanecer, remó y se internó en los manglares para conseguir troncos gruesos que aguantaran el fuego sin consumirse; los arrastró casi en la oscuridad hasta el claro, en el estero donde había dejado la embarcación, luego, sosteniendo con una mano tomó cada uno de ellos, se puso a la tarea de despojarlos de las ramas con el machete, sin darse cuenta, en un cerrar y abrir de ojos, de un sólo tajo se bajó dos dedos de la mano izquierda. —«Donde el agua se baja, donde el agua no sube más, ya vacía vuelta, he pasado muchos trabajos en el manglar cortando leña»—;

SUEÑOS VERDES

me explicó —«pues como ése ha sido el hacer mío... La mantención mía. ¿Cuándo se puede acordar todo lo que uno pasa? Porque ninguna gente puede vivir del mundo sin pasar trabajos, ¿no es cierto?, pero usted no tiene presente, ni apuntado los trabajos que uno pasa en la vida... ni lo que no se acuerda. ¿Cómo hace?»—. Recordaba que se había pasado en el manglar decenas de años; décadas de faena diaria cortando leña hasta que se le rompiera el espinazo, tiempos bordeando los manglares hasta dejar los pantalones gastados entre las rodillas y los muslos, el tiempo suficiente removiendo con un remo el mar hasta que sus manos perdieron la línea de la vida, de la cabeza y del amor; saliendo con la baja y regresando con la marea alta, acompañado del hacha y el machete. Años y años armando cada semana un horno para producir el carbón y luego venderlo en el mercado. Todos los días de su vida haciendo el mismo oficio hasta que se le metió en los huesos, se le encajó en el alma y se lo aprendió de memoria. Tenía presente que los manglares que conocía como la palma de su mano, los desenterraron; los que quedaron, los estaban arrancando de raíz. Entonces sabía que a la leña la habían cambiado de sitio, que el camino recorrido por tanto tiempo ya no lo llevaba a los manglares, que tendría que bogar hasta terminar con los brazos y las piernas entumecidos porque el manglar se le perdió de vista. Mientras tanto el augurio de la lluvia se cumplió, el cielo se volvió de gris uniforme, y al estruendo de un rayo, de un momento a otro, un chorro de agua se vio frente a la ventana.

* * *

Estaba contemplando la semejanza entre los hornos y los techos de paja que había visto en las riberas de los ríos del oro, cuando escuché a Joaquín que decía, —«El manglar es parte de nuestra cultura, como usted ve. Desde que vinieron los primeros esclavos, traídos de la finca para acá, lo que encontraron como alternativa, fue este amplio bosque de manglar y hasta hoy que estamos en pleno siglo XX para el siglo XXI todavía el mangle subsiste. A pesar del desarrollo la prioridad es el mangle para el hombre del Pacífico, como medio de subsistencia, como medio de protección; de ahí conseguimos el sustento, hasta sacar el carbón para cocinar los alimentos, para poder comer, para construir nuestras viviendas, el 80% se hace con madera de mangle. Por eso el mangle es el símbolo del hombre del Pacífico. Porque el negro tala el mangle para conseguir sus viviendas, ocupa el mangle que le da pulpa, el que sirve, el mangle juvenil no es talado. Uno corta en esta zona hoy, y dentro de un año vuelve, y hay material para volver a cortar. Si tenemos mangle tenemos pescado, si tenemos mangle tenemos camarón, si tenemos mangle tenemos cangrejo. Pero las grandes camaroneras del sector industrial comenzaron a invadir estas tierras sin contar con el negro, sin contar con que este sitio es del carbonero, de las concheras, de los pescadores. Ellos (los camaricultores) sobrevolaban la zona que les interesaba, venían y hacían sus levantamientos topográficos; pedían sus concesiones por mil, cinco mil hectáreas de tierra y lo talaban de raíz, entonces no daba pie para que ese mangle se volviera a reproducir; es una tala indiscriminada. No sabían que detrás de esa franja de manglar hay una cantidad de familias que derivan su sustento; y de una forma despiadada iban desplazando al carbonero y al pescador; hasta tal punto que cuando ellos llegaban, les daban determinada área y ya ponían letreros y nosotros no podíamos saltar a cortar el palo como tradicionalmente lo habíamos hecho... todo lo que decía era «propiedad privada», imagínese el desconcierto»—. A mi alrededor vi los hornos de quema, los cuales echarían humo durante cuatro días hasta que los troncos se transformaran en carbón y los apagarán con agua y sal. Oí la voz de una mujer

que cantaba —«todos dicen que la quema fue en la casa de Margot, y el que le quemó su casa no tiene perdón de Dios. Fuego ...fuego ...fueeeego ...»—. Vi a los carboneros llegar con su potrillo de leña para armar el horno, después de haber estado la semana de quiebra, (cuando la marea está baja y tranquila) cortando leña en los manglares y en espera de la semana de puja (cuando la marea sube más de la cuenta) para traerla por los pequeños y bajos esteros y picarla en una esquina con mar de Viento Libre.



La minería sujeto a negros e indios en su engranaje, de ahí surgirían simbólicas y complejas relaciones interétnicas, 1996 (M.L. Machado-Caicedo)

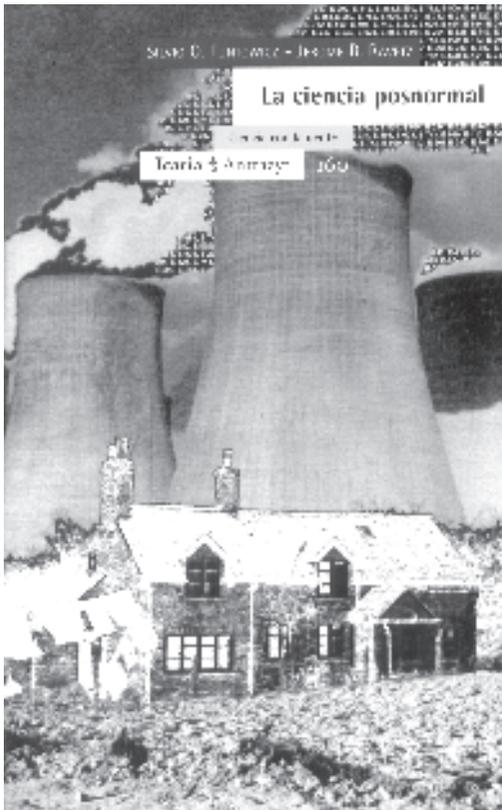
* * *

Tomasa suspiro y dijo: —«tengo años yendo al manglar; yo empecé a conchar desde que estaba Mary ... 20 años, 20 años tengo ... los años que tiene Mary»— prosiguió diciéndose a sí misma. Mientras hablaba, su rostro se llenó de inesperado brío, invadido por el recuerdo; muy distinta era su cara, cuando me había abierto la puerta veinte minutos antes. Volvió a decir: «Me está oyendo — mientras tanto se desenredaba el cabello ensortijado —«Yo, cuando fui joven de diecinueve años le dije a mi papá que me venía ... y me vine. Yo soy de allá de Barbacoas, de un río que se llama Ispí. Tenía un pedacito de monte de mi mamá ... pero como mi mamá se murió, sólo quedaba mi papá y mis hermanos ... ahí mi papá se murió y ... ya me quedé acá; yo no voy más para allá pal' monte. Pues uno de allá, venía aquí a Tumaco ... uno venía hacer viajes aquí y de allá venía a comprar todas sus cosas, hasta que mi mamá se murió y ya cada uno fue agarrando su destino; fue buscando manera donde vivir mejor ... Salí de mi casa tuve mis dos primeros hijos y principié a conchar»—. Mientras me contaba por qué había emigrado de su tierra, dividía su cabello en una serie de cuadritos y luego con una habilidad asombrosa tejió de trenzas su cabeza. Añadió: —«Yo veía que las amigas iban a conchar y yo no tenía qué hacer; ellas me llevaban y me enseñaron; me decían, así

se mete la mano, por aquí uno la busca. Sino la topa por el lado de acá, busca por el otro lado y así uno va aprendiendo. Y les agradezco porque con eso me estoy manteniendo, con eso crié mis hijos; con mi arte, que yo aprendí con eso sostengo mis hijos»—. Tomasa se dio cuenta de que yo no entendía como se busca una concha, entonces, con un ligero movimiento agachó el torso; doblando levemente una de sus rodillas, lo descansó sobre ella como si fuera a recoger algo y escarbó el aire conforme lo hacía con el

SUEÑOS VERDES

lodo blando en el manglar. — «Las conchas se acomodan así, se meten a veces en medio de la raíz, o se meten así en un huequito»—. Mientras imitaba con sus manos el escondrijo del animal inmóvil entre la encrucijada raíz enterrada en el suelo, comprendí que era una dama arrebatada y valiente que a fuerza de arañar las entrañas de la tierra había levantado cinco hijos y sepultado tres críos. En ese momento no me atreví a preguntarle sobre sus tres hijos muertos, pensé en el espacio vacío que dejan los que se han ido, pensé cuál sería el dolor que soportaba ante la ausencia de voces, de llantos y de risas. Me imaginé a Tomasa estrechando contra sí a sus hijos; rogando por ellos a la Virgen de las Mercedes, mientras los acompañaba con sus lágrimas. —«Totalmente es que nosotras somos unas trabajadoras fuertes»— afirmó — «De eso vivimos y nosotras no nos doblegamos para ningún lado sino que seguimos pa'adelante. Entonces nosotras como no tenemos ninguna alternativa pues vivimos de eso. Y...estamos todos los días bien fuertes para seguir adelante y de eso vivimos»-. Repitió. —»Y tenemos que seguir, con aguacero, con sol. Nosotras no decimos nunca no vamos a ir, ni nada»—.



Icaria  Antrazyt - ECOLOGÍA

SILVIO O. FUNTOWICZ - JEROME R. RAVETZ

LA CIENCIA POSNORMAL

CIENCIA CON LA GENTE

ISBN 84-7426-442-1
110 pp
PVP 1.200

La ciencia evoluciona en la medida en que es capaz de responder a los principales desafíos de cada época. Los de la nuestra conciernen al riesgo ambiental global y a la equidad entre los pueblos. Como respuesta a éstos ya están en desarrollo nuevos estilos de actividad científica, pues el dinamismo y complejidad de los problemas a resolver obliga a concebir una ciencia cuya base es la impredecibilidad, el control incompleto y el reconocimiento de la importancia de una pluralidad de perspectivas legítimas. No existe ninguna tradición cultural, no importa cuán exitosa haya sido en el pasado, que pueda prever por sí sola todas las respuestas que exigen los problemas del planeta. Pues lo que está en juego es el destino de las especies animales y vegetales, de nuestras generaciones futuras o de quienes se vuelven más vulnerables al cambio ambiental en virtud de su nacionalidad, clase, género o discapacidad.